

en el cerebro del niño, para que germine con vigor, es preciso dotarla de un medio ambiente apropiado y rodearla de una serie de cuidados que no sólo le proporcionen toda clase de facilidades para su buen desarrollo, sino que le den, además, aquella sensación de bienestar que no puede encontrar en otro sitio y que, en vez de que oponga resistencia a la educación, como sucede a menudo, muestre al contrario, vivos deseos de acudir a la escuela, porque incluso, ha de encontrarse allí mejor que en su casa, entonces será, cuando protestaremos de la infamia que actualmente se está cometiendo, con las pobres criaturas inconscientes, al obligarlas a recibir la enseñanza en locales inmundos, donde en vez de respirar aire sano, como lo requieren sus tiernos pulmones, lo que hacen es respirar aire infecto cargado de miasmas, y poniéndose a cada momento al alcance del azote de la tuberculosis y de las muchas enfermedades que en esta época de la vida, les acechan constantemente. Esto, además de la responsabilidad de que nos hacemos acreedores, por humanidad, no deberíamos tolerarlo, pues los niños de hoy, hombres conscientes, el día de mañana, cuando recuerden el olor nauseabundo que todavía impregnará su olfato, de aquellos locales donde fueron educados, no tendrán por menos que maldecir a estos "propagadores de la ignorancia" que, porque ellos no disfrutaron de mejor suerte, quieren que los niños se eduquen, en los mismos moldes que ellos lo hicieron, o quizás por el egoísmo o el temor de sacrificar unas miserables pesetas de su capital, que, por lo visto, le dan mucha más importancia que a una buena educación sana y fructífera.

Causa vergüenza tener que decir verdades tan amargas, pero la razón nos asiste cuando vemos que, en pueblos de mucha menor importancia que el nuestro, no sólo disponen de magníficos centros de enseñanza, donde aprende el niño a hacerse hombre, sino que incluso, vemos levantados verdaderos templos de cultura—me refiero a las bibliotecas populares— donde, desde el más encopetado, hasta el obrero más humilde les es dable rendir tributo a su talento y afición educativa, pues no sólo encuen-

tran allí materia sobrada para nutrir su inteligencia, sino que, además disfrutan de la doble ventaja de que, mientras hacen obra positiva para sí, se alejan, cada día más, del contagio que la corruptela social les proporcionaría concurriendo a otros centros o lugares, muchas veces de dudosa reputación.

Mas si el ejemplo que nos dan los demás no escatimando medios ni sacrificios, para dotar a sus pueblos de semejantes obras, ni tampoco nos sirve de estímulo la indiscutible superioridad intelectual que poseen en relación a nosotros, entonces, no queda otro remedio que venga aquello de "la revolución desde arriba", y con mano férrea nos sacuda de la inercia en que vivimos, marcándonos los verdaderos derroteros que para bien de la Patria y buena marcha de la Sociedad, se imponen, pues, deber es de los gobernantes, velar constantemente por los intereses de sus pueblos, y no escatimar procedimientos, aunque sea a costa de todas las protestas, ya que tarde o temprano, se han de trocar en aplausos, vistos los buenos resultados y grandes beneficios que han de reportar.

*Risco.*

## ¡Urgen Escuelas!

Si no hubiese otras razones que abogaran en pro de la construcción de Escuelas, bastaría y sobraría con la lectura de las sesiones celebradas por el pleno del Ayuntamiento para tratar, entre otros, tan capital asunto, para demostrarlo.

Porque, de haber habido Escuelas, no se daría el bochornoso espectáculo de que pueblos de la importancia del nuestro, tengan que ser regidos y administrados por unos señores que, no tan sólo evidencian a dónde llega su instrucción, si no que, además, demuestran que su sentido común corre parejas con aquélla.

De haber habido Escuelas no se habría dado el caso de que, en plena sesión, un señor Concejal confesara desconocer su *Deber* y su *Derecho* a enterarse de cómo se administra en la Casa de la Villa. De haber habido Escuelas, hubieran sabido todos los